

Ramón Salaberria

Luisa Oroz, bibliotecaria en la República, bibliotecaria en la Guatemala de Arbenz

Supe del nombre de Luisa Oroz un día que paseaba por la ciudad de México con Ana Pelegrín y Ana Garralón, hace unos ocho años. Ana Pelegrín, tan interesada en el conocimiento del libro infantil en el exilio del 39, me preguntó si no sabía nada de Luisa Oroz, una mujer vasca casi centenaria que había tenido experiencia en las bibliotecas escolares de la II República y, sobre todo, que había participado en Guatemala, donde se había exiliado, en la innovadora revista infantil *Alegría*.

Como de vez en cuando voy por Guatemala, guardé el nombre y los pocos datos que Ana Pelegrín pudo proporcionarme.

En mayo de 2006 viajé a la ciudad de Quetzaltenango, conocida en Guatemala como Xela. Durante cuatro días conversé con Luisa Oroz, hermosa a sus casi cien años, con gran curiosidad intelectual, un poco dura de oído, magnífica conversadora, cierta dificultad para las fechas.

Luisa Oroz falleció el 19 de diciembre de 2009 en el rancho Huri, en Quetzaltenango, siete meses antes de cumplir sus cien años. En agradecimiento a la familia Janiger Oroz que posibilitó el encuentro y en pequeño homenaje a Luisa Oroz (y a todas las bibliotecarias escolares de su época) presentamos un resumen de esas pláticas.

Nací en Elizondo en 1910, en la casa Istekonea. Baztán es el valle más grande de Navarra. Por su frontera con Francia siempre hubo mucha relación entre los dos lados. Mi padre era comerciante, él era de Elizondo. Mi madre era de Ciboure, al ladito de San Juan de Luz, pero toda su familia, mi abuela, mis tíos, primos vivían en Bayona. Todo esto hizo que de una manera natural me fuera expresando desde niña en euskera, castellano y francés. Esto siempre lo he vivido como un gran regalo y me ha venido muy bien en mi vida.

Con doce años me enviaron a estudiar a Bayona, a casa de mis tíos. Bayona ya era una ciudad, así me lo parecía, su catedral, los comercios, el puerto... En esa época Bayona ya andaría por los treinta mil habitantes y Elizondo rondaría los mil. En Bayona el ambiente era menos vasquista.

Con diecisiete años me enviaron a Burdeos para que estudiara en una gran academia de pintura. En esto tuvo mucha influencia un pintor, Javier Ciga, que era gran amigo de mi padre allí en Elizondo. Era una persona de trato llano, idealista, comprometido con el vasquismo, concejal en Pamplona. Tuvo mucho éxito como pintor costumbrista, había viajado por Europa, vivido en París, Madrid... En la guerra lo pasó muy mal, le cambió la vida. Lo detuvieron, lo torturaron. Ya nada volvió a ser lo mismo para él, ni para tantos, claro.

El caso es que este señor influyó para que mi padre se aviniera a que me formara en ese medio, ya sabe, un poco dudoso, por un lado una formación para una señorita en una gran academia de dibujo y, por otro lado, ese mundo de los artistas.

Aprendí mucho. A dibujar rápido con cuatro rasgos, uno, otro. Tuve una buena formación que luego me ayudó, en momentos difíciles, a poder ganarme la vida pintando retratos de gente acomodada.

L'Heure Joyeuse

Fue en Burdeos donde comencé a tener contacto con las bibliotecas infantiles. Todo fue una casualidad, como muchas cosas en la vida. Una de mis compañeras en la academia, mi mejor amiga, era hermana de Mathilde Leriche, la bibliotecaria que a mediados de los años veinte, junto con otras dos bibliotecarias,

“Yo estuve allí, en la primera L'Heure Joyeuse, en la rue Boutebrie, una callejuela fea, de casas tristes. La biblioteca suponía un cambio de todo”

creó L'Heure Joyeuse, la primera biblioteca infantil de París. Era una iniciativa de una fundación de Estados Unidos para dotar a Bélgica y Francia de obras educativas para ayudar a los niños después de la guerra. En ese momento los Estados Unidos eran los pioneros en bibliotecas públicas infantiles.

Yo estuve allí, en la primera L'Heure Joyeuse, en la rue Boutebrie, una callejuela fea, de casas tristes.

La biblioteca suponía un cambio de todo. Gratuita, había préstamo a domicilio, había libros de cuentos y literatura y libros de cosas, animales, biografías. Todo estaba clasificado según Dewey, los niños y niñas estaban en el mismo sitio, lo que chocaba a los reaccionarios, el mobiliario no tenía nada que ver con lo que entonces era el de una biblioteca, era moderno y venía de Estados Unidos, por lo menos el modelo. Para su tiempo, fines de los años veinte, principios de los treinta, fue algo nuevo, como un experimento. Había la asamblea general de lectores, se orientaba a los muchachitos en sus lecturas, había círculos de poesía, exposiciones hechas por los propios niños, lectura en alta voz. Fue una gran experiencia.

En la biblioteca de Pilar Salvo

Recién casados fuimos a vivir a Zaragoza. Mi marido tenía plaza en la universidad y yo al poco tiempo comencé a trabajar de maestra en las escuelas Jimeno Rodrigo, en el barrio de Las Delicias. En los dos cursos que estuve allí, hasta la guerra, tuve como directora a Pilar Salvo, una gran mujer, la fusilaron en agosto de 1936. Era una mujer muy completa: gran maestra, sindicalista de la F.E.T.E., organizadora de las clases de párvulos, de que hubiera un comedor y así las mujeres pudieran salir a trabajar. Ella se preocupaba mucho por la mujer trabajadora, allí donde podía organizaba conferencias sobre los derechos de las mujeres, lo que decía la Constitución... Y abrimos una biblioteca escolar. Cuando llegué a la escuela Pilar ya tenía la idea asentada de crear la biblioteca en la escuela, llevaba tiempo dándole vueltas. Ella lo pensaba como se hacían entonces las cosas de los trabajadores: a partir de pequeñas cuotas de la gente. En aquella época así se hacía todo o al menos muchas cosas: los ateneos, las bibliotecas... La biblioteca de la escuela se inauguró en abril del 36. Fue una fiesta muy hermosa, vinieron autoridades, José Ignacio Mantecón dio un discurso y otro, muy



Ramón Salaberria con Luisa Oroz y su nieta

hermoso, Pilar. Ya ve usted, tantas ilusiones, tantos esfuerzos, tanta inauguración y la biblioteca sólo vivió dos meses. En todos los sitios pasó lo mismo. También en Elizondo. Allí habían abierto una ikastola, también con mucho sacrificio. En los primeros días de la sublevación llegaron a la ikastola, sacaron los libros de la pequeña biblioteca a la calle y les dieron fuego. Y por todo Navarra lo mismo, en las escuelas siempre era ir por el maestro y la biblioteca. Realmente estaban obsesionados con las bibliotecas y los libros. Esto luego lo he vivido también aquí, en Guatemala.

En París, con Juan Vicens

El 18 de julio nos encontrábamos en Bayona, era el período de vacaciones. Mi marido se regresó y se incorporó a las milicias. Murió en Teruel. Yo me había quedado en Bayona y a los pocos meses me mandó llamar un amigo de mi suegro. Me propuso ir a trabajar en la embajada española en París, necesitaban personas que se manejaran en las dos lenguas, en ese momento se necesitaba hacer mucha labor en Francia con la clase política, con la opinión pública, los sindicatos, estar con la prensa... Se necesitaba gente. Estuve trabajando casi todo el tiempo en la Delegación de Propaganda, rue de la Madeleine, cerca de Juan Vicens de la Llave, el bibliotecario, que era el delegado.

Vicens reorganizó los servicios de propaganda de París. Abrió un servicio de información para Latinoamérica que llegaba a más de cien periódicos y revistas. Una

“Ya ve usted, tantas ilusiones, tantos esfuerzos, tanta inauguración y la biblioteca sólo vivió dos meses. En todos los sitios pasó lo mismo”

“Llegamos cuando Guatemala se abría a un período democrático como nunca lo había tenido ni lo tendría después. Fue una explosión de ilusión, de esperanza, y luego la represión, es decir, como que a mis 45 años de edad viví dos veces el intento de un pueblo por salir adelante y que se le impidiera por las armas”

persona que ayudó mucho fue Tristan Tzara, viejo amigo de Vicens, promovía la causa republicana en los círculos intelectuales franceses. Lo que quería Vicens era trabajar con los comités internacionales, sindicatos, organizaciones antifascistas, la Liga de los Derechos del Hombre, Socorro Rojo y muchos más, él se reunía mensualmente con más de veinticinco organizaciones, y a través de esa red difundir con largo alcance. Lo tenía bien pensado, además no había mucho dinero, pero la Embajada no lo veía así, sobre todo el embajador, Ossorio y Gallardo, gran error el de Negrín su nombramiento.

Siempre tuve respeto y admiración por Juan Vicens. Era una persona deliciosa. En algunas ocasiones hablamos de su trabajo como bibliotecario, pero no muchas, fueron años muy difíciles, de mucha tensión, intentando ganar la opinión pública francesa con escasos medios y bastante desbarajuste. Pero me comentaba que como inspector de las bibliotecas de Misiones Pedagógicas y de las bibliotecas municipales que creaba la República había descubierto un mundo desconocido y maravilloso. Eso siempre se me quedó marcado. Luego, una vez, nos vimos aquí en Guatemala, él venía de viaje con Constanza de la Mora. Fue maravilloso volver a encontrarnos.

En Guatemala

Unos días antes de que los alemanes entraran en París, cuando la línea Maginot ya había caído y ya había comenzado la desbandada en París, nos embarcamos en Saint-Nazaire. Viajamos a Nueva York, con mucho miedo de los submarinos alemanes. El miedo no era de gratis: en el viaje de regreso a Francia hundieron al que había sido nuestro buque.

A los pocos días salimos para Nuevo Laredo. Íbamos como cincuenta españoles. Al fin llegamos a la ciudad de México, casi cuarenta días después de salir de París.

A Guatemala llegamos a principios de 1944, el día de Reyes. Venía con mi marido, Anton Janiger. Él era judío, hijo de ucranianos, pero no era creyente. Nos conocimos en México, él también exiliado, huyendo de Hitler. Llegamos a Guatemala para empezar con el negocio de la tarjeta postal. Fue la industria de nuestra vida. Teníamos que recorrer el país, fotografiarlo y venderlo. Fue muy bien, sacamos una familia y vivimos bien.

Los primeros diez años en Guatemala fueron muy hermosos. Los dos, personas jóvenes, llegábamos ya con muchas heri-

das, los últimos años habían sido terribles. Guatemala nos ofrecía su inmensa belleza, sus culturas para nosotros desconocidas, los pueblos indios, el color, las selvas. Las lenguas: Anton era un loco por las lenguas, le fascinaban. Fue un bálsamo.

Además, y esto es lo importante, llegamos cuando Guatemala se abría a un período democrático como nunca lo había tenido ni lo tendría después. Sí, fue una explosión de ilusión, de esperanza, y luego la represión, es decir, como que a mis cuarenta y cinco años de edad viví dos veces el intento de un pueblo por salir adelante y que se le impidiera por las armas. Hubo muchas cosas en común en los gobiernos del doctor Arévalo y Arbenz en Guatemala y de la República en España. Un impulso a la escuela, a la cultura, reforma agraria, derechos de los trabajadores. En los dos casos terminó en sangre y en dictaduras de décadas. Aquí también se quemaron libros, como allí.

En esos diez años de los presidentes Arévalo y Jacobo Arbenz trabajé mucho. Había ilusión en la gente por cambiar las cosas. Estuve metida en bibliotecas y en la revista infantil *Alegría*. Era la primera que se creaba para niños, estaba muy bien hecha, era completa: cuentos, leyendas, teatro, canciones, biografías, pasatiempos, recetas de cocina, juegos... Sacaba diez mil ejemplares que se repartían gratuitamente. La dirigió Marilena López hasta el golpe de estado de 1954. Ella también hizo una gran labor con el teatro de títeres. Yo colaboré esos años como ilustradora en la revista, haciendo decorados para los títeres, carteles...

Arévalo era un intelectual, un pedagogo. En su época se creó la Escuela de Bibliotecología y la Dirección Nacional de Bibliotecas, donde trabajé unos años. Levantamos un registro de las bibliotecas existentes en el país, luego les prestamos asistencia técnica y las dotábamos con una partida para aumentar el número de sus volúmenes. Para cuando los gringos corrieron a Arbenz ya contábamos con más de setenta bibliotecas en toda la República. Hasta ahí pudimos llegar. Luego vivimos décadas de horror.

Algo que me entristeció doblemente, por el hecho en sí y por lo similar a lo que habíamos vivido en la guerra española, es que uno de los primeros decretos de Castillo Armas al derrocar a Arbenz, a los quince días, fuera para vetar y sacar de circulación la revista *Alegría*. ¿Se da cuenta? Un golpista, un militar formado en Estados Unidos, la pieza de la CIA y de la United Fruit Company, que está en su despacho firmando un decreto para cerrar... una revista infantil, la única. ¿No es

como de película de Chaplin? Al año se levantó el veto para la revista, pero ya nada fue igual, cada número tenía que pasar el visto bueno del gobierno, la censura permanente.

Euzko gogoa

Quiero contarle también, no sé si lo sabrá, de una situación muy excepcional relacionada con el euskera... en Guatemala. Aquí durante veinte años vivió Jokin Zaitegi. Llegamos casi al mismo tiempo. Él era un hombre muy culto, jesuita, y en el tiempo que llegó a Guatemala había abandonado la Compañía, no aceptaba que la jerarquía jesuita menospreciara o incluso combatiera a una lengua como el euskera. El caso es que en 1950 fundó aquí la revista *Euzko gogoa*, hasta donde sé la primera revista en euskera de la postguerra. ¿No le parece algo extraordinario, que la única revista que se editara en lengua vasca fuera publicada en la ciudad de Guatemala? Al menos una vez al mes iba a visitarle, nos veíamos, le cocinaba, teníamos grandes pláticas. No había grandes posibilidades de hablar en euskera en Guatemala y había que aprovechar. Nos

teníamos gran estima. Éramos muy diferentes en nuestras maneras de pensar, yo no he sido muy religiosa. Jokin daba clases en la Universidad de San Carlos y en el Instituto de América. Luego fundó el Instituto Landíbar. Pagaba la revista de su bolsillo. En los años que le conocí traducía a Platón al euskera, antes había traducido bastantes tragedias de Sófocles. Años después vendría su gran amigo Andima Ibiñagabeitia, también de formación jesuita, aunque no se ordenó. Andima traducía a Virgilio. Vino a echarle una mano a Jokin con la revista. Estuvo un par de años y luego marchó a Venezuela. También me tocó conocer a Nicolás Ormaetxea, "Orixe", el gran poeta, que estuvo unos meses con ellos. Era más mayor, tendría sesenta y tantos años. Eran gente muy abnegada por conseguir que, en esos años, el euskera no llegara a morir.

Ya ve lo rara que es la vida, es muy rara. Muchas veces recuerdo aquellos tiempos en los que me reunía con ellos. Llegaba y allí, en el corredor, encontraba a Jokin con su mesa llena de librotos. Era una vida vasca en la otra punta del planeta. El vasco, el griego, el español, el quiché, todo se conjugaba en ese patio con la gran jacaranda. ◀

“En esos diez años de los presidentes Arévalo y Jacobo Arbenz trabajé mucho. Había ilusión en la gente por cambiar las cosas. Estuve metida en bibliotecas y en la revista infantil *Alegría*. Sacaba diez mil ejemplares que se repartían gratuitamente”

Leen, despegan y regresan al mundo



OCEANO Travesía lo hace posible

www.oceano.com